

MARY RENAVLT

# ALEXIAS DE ATENAS



Atenas se rinde ante su enemiga Esparta como un noble y poderoso animal acostumbrado a señorear sabiamente su territorio. Pero el siglo V a. C. es también una época de exuberancia creadora y brillantez intelectual, Platón, Sócrates, Jenofonte, serán personajes de excepción en la juventud de Alexias, un muchacho ateniense que cobra vida gracias a la pluma de Mary Renault. Alexias de Atenas es una soberbia recreación de la vida cotidiana en la Grecia clásica, un canto a la amistad y al amor entre los jóvenes guerreros griegos, agrídulce como el último vino que se comparte con amigos antes del combate.

Y a este propósito dice Plinio que *«no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena»*; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello.

## NOTA DEL PRIMER EDITOR DIGITAL

La edición de este libro se ha realizado a partir de un documento digital sin autoría que sufría de la falta de ciertos párrafos y de frases que en ocasiones se encontraban entremezcladas o desordenadas de una manera que hacía sumamente complicada la comprensión del discurso.

Por este motivo, durante la edición, acudí al documento escrito en inglés por Mary Renault, única copia de la que dispongo. Tras comprobar que la edición en castellano no le era fiel procedí a la reorganización y a la traducción de las partes que de forma más evidente habían sido mal tratadas en el proceso de digitalización o traducción, siempre siguiendo el criterio de igualarlo al original. Para dejar constancia de las ocasiones en las que he modificado el texto pongo aquí las referencias al texto en inglés y vínculos para que el lector pueda acceder de primera mano a las palabras del propio autor.

Así mismo aprovecho para pedir la colaboración de quién lea esto para ayudar a recuperar las partes que en esta edición se han perdido.

*NOONESUN.*

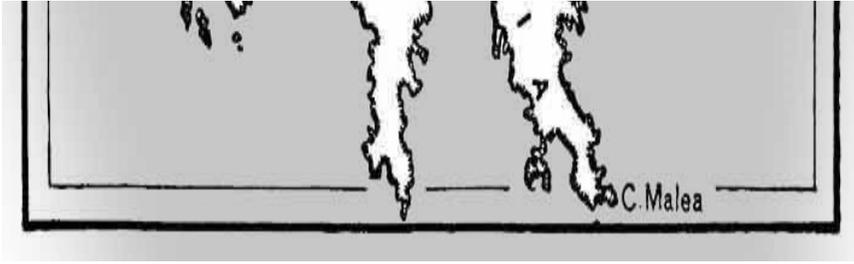
[—“What happened then?” —“Hearing us all praising Sokrates, he said, ‘Oh, I can tell you something more remarkable than that’. And he described how he had tried, without success, to seduce Sokrates one night after supper. Drunk as he was, I must say he told the story well; but you could see that years later he was still puzzling it over. I really think he had offered the highest praise he knew. Sokrates made a joke of it, which indeed it was, in its own way. I should have laughed myself with the best, if I had not remembered when he loved the boy”.

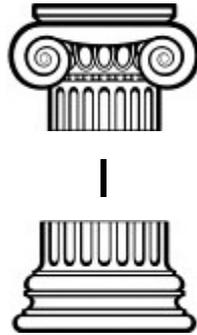
At this my thoughts, which had been nowhere and everywhere, settled and grew clear. I remembered the dull youth at Sokrates’ house. And Alkibiades had received his love as a cracked jar holds wine. Yet being in love with the good, he could not, I thought, have ceased desiring to beget her offspring. It was for Lysis and me, not to be chosen (for no man can lay such a thing upon another) but to choose ourselves his sons.]

#### Capítulo XIV

[and asked them if they were lovers. They said they were, and that it was a custom of their city for friends to take a vow at the tomb of Iolaos, whom Herakles loved. After this they always served together in battle]







Cuando era niño, si estaba enfermo o me sucedía algo desagradable, o me habían azotado en la escuela, acostumbraba recordar que el día en que nací mi padre había querido matarme.

Diréis que no hay nada de extraordinario en eso. Sin embargo, creo que es menos corriente de lo que cabría suponer, pues, por regla general, cuando un padre decide abandonar a un hijo, lo hace, simplemente, y la cuestión acaba así. Y muy raramente puede un hombre decir de los espartanos, o de la peste, que a ellos debe la vida en lugar de la muerte.

Fue al principio de la Gran Guerra, cuando los espartanos estaban en el Ática, incendiando granjas. Existía la creencia en aquellos tiempos de que ningún ejército podía enfrentarse con ellos y sobrevivir; por tanto, nosotros teníamos sólo la Ciudad, y El Pireo y los Muros Largos, como había aconsejado Pericles. Cuando yo nací él aún vivía, aun-

que estaba ya enfermo; algunos jóvenes estúpidos me preguntan, como hizo uno recientemente, si le recuerdo.

Los campesinos cuyas granjas eran incendiadas llegaban a la ciudad, y vivían como animales donde podían poner un techo de piel de res sobre unos palos. Incluso dormían y cocinaban en los templos y en las columnatas de las escuelas de lucha. Los Muros Largos estaban bordeados de apestosas chozas, hasta la bahía. La peste empezó allí, en algún lugar, y se extendió como el fuego en la maleza.

Algunos dijeron que los espartanos habían invocado a Apolo, y otros aseguraron que habían logrado envenenar los manantiales.

Algunas mujeres, según creo, culpaban a los campesinos de haber traído con ellos una maldición; como si fuese posible que los dioses castigasen a un Estado por tratar con justicia a sus ciudadanos. Pero como las mujeres ignoran la filosofía y la lógica y temen más a los adivinos que al inmortal Zeus, siempre creen que lo que les causa aflicción debe ser maligno.

La peste causó muchas víctimas en mi familia, como lo hizo en casi todas. Daniisco, el corredor olímpico, padre de mi madre, fue enterrado con sus viejos trofeos y su corona de olivo. Mi padre se encontró entre quienes enfermaron y sobrevivieron, pero durante algún tiempo sufrió una fluxión sanguinolenta, que le impedía tomar parte en la guerra. Cuando yo nací, acababa justamente de recobrar sus fuerzas.

El día de mi nacimiento, murió Alexias, hermano menor de mi padre, que contaba veinticuatro años de edad. Tuvo noticias de que un joven llamado Filón, a quien amaba, había caído enfermo, y fue inmediatamente a su lado, encontrando, según me dijeron, no sólo a los esclavos del joven, sino a su propia hermana, que huían, abandonándole. Su padre y su madre habían ya perecido. Alexias halló al joven solo, echado junto a la fuente del patio, hasta donde se había arrastrado para calmar su fiebre. No le había pedi-

do a nadie que fuera en busca de su amigo, pues no deseaba ponerle en peligro; pero algunos transeúntes, que no habían osado acercarse demasiado, dijeron haber visto que Alexias le llevaba al interior de la casa.

Estas noticias llegaron hasta mi padre algo después, mientras mi madre me daba a luz. Mandó a un servidor de confianza, que había sufrido ya la peste, el cual encontró a los dos jóvenes muertos. Por la forma en que yacían, parece que en el momento de la muerte de Filón, Alexias se había sentido enfermo, y, sabiendo el fin que le esperaba, tomó cicuta, para hacer el viaje juntos. La copa estaba en el suelo, a su lado; había derramado el sedimento, escribiendo FILÓN con el dedo, como se hace después de la cena, con el último vino.

Tras recibir por la noche estas noticias, mi padre salió con antorchas en busca de los cadáveres, para mezclar sus cenizas en la misma urna y mandar erigir un monumento fúnebre. Habían desaparecido ya, arrojados a una pira común en la calle; pero más tarde, mi abuelo erigió una lápida para Alexias, en la calle de las Tumbas, con un relieve en el que aparecían los amigos con las manos unidas en despedida, y una copa junto a ellos, en un pedestal. Cada año, el día de la Fiesta de las Familias, hacíamos sacrificios por Alexias en el altar de la casa. Esta es una de las primeras historias que recuerdo. Mi padre solía decir que en la Ciudad quienes murieron de la peste fueron los hermosos y buenos.

Como Alexias había muerto sin haber contraído matrimonio, mi padre decidió dar su nombre al hijo que nacía, si era varón. Mi hermano mayor, Fiocles, que contaba entonces dos años, había sido un muchacho particularmente fuerte al nacer; pero cuando la comadrona me sostuvo en el aire, vieron que yo era pequeño, arrugado y feo, pues mi madre me había alumbrado casi un mes antes de tiempo, quizá por una debilidad de su cuerpo o por la presciencia de un dios. Mi padre decidió inmediatamente que sería in-

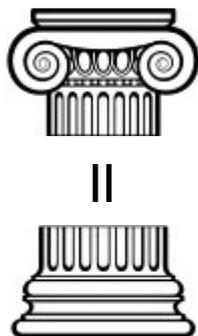
digno para Alexias imponerme su nombre; que yo había nacido en tiempos de mala fortuna, y estaba marcado por la ira de los dioses, por lo que sería mejor no criarme.

Nací mientras mi padre estaba ausente, buscando los cadáveres, y la comadrona me había entregado a mi madre, para que me amamantara. Esto molestó a mi padre, pues mi madre se había encariñado conmigo, como hacen las mujeres, y, enferma y febril, le pidió mi vida con lágrimas en los ojos. Mi padre estaba razonando con ella, pues no quería arrancarme de sus brazos a la fuerza, cuando el heraldo hizo sonar la trompeta llamando a la caballería porque se veía a los espartanos dirigiéndose a la Ciudad.

En aquellos tiempos éramos una familia bastante rica; mi padre tenía dos o tres caballos, y, por tanto, debía armarse y formar con su escuadrón. Se despidió de mi madre, sin anular sus órdenes, pero tal vez debido a la prisa o a la conmiseración, no encargó su cumplimiento a nadie. Nunca hay gran rivalidad para ejecutar semejante trabajo, por lo que la cuestión quedó pendiente hasta algunos días más tarde, cuando los espartanos se retiraron y mi padre regresó a nuestra casa.

Encontró a la familia sumida en la aflicción. Mi hermano Fiocles había muerto y mi madre exhalaba su último suspiro. Desde el primer momento había ordenado que me mantuvieran alejado de ella, y fui entregado a una nodriza que buscó un esclavo.

Al regresar de la ceremonia fúnebre con el cabello rapado, mi padre hizo que me llevaran a él, y viendo que la nodriza era mujer decente, me dejó a su cuidado. Creo que había querido a mi madre; y supongo que debió pensar en la incertidumbre de la vida, diciéndose que sería menos deshonroso para él dejar a un hijo como yo, que morir sin sucesión, como si jamás hubiese existido. Más adelante, al ver que engordaba y parecía más fuerte y tenía mejor aspecto, me impuso el nombre de Alexias, como había sido su intención antes de mi nacimiento.



Nuestra casa estaba en Kerameikos interior, no lejos de la Puerta del Dipilón. En el patio había un pequeño peristilo de columnas pintadas, una higuera y una parra. En la parte posterior estaban los establos, donde mi padre tenía sus dos caballos y una mula. Era fácil trepar al tejado del establo y de allí al de la casa.

El tejado tenía un borde de tejas de acanto y no era muy inclinado. Poniéndose a horcajadas en el caballete del tejado era posible ver más allá de las murallas de la Ciudad y de las puertas del Dipilón, hasta el Camino Sagrado, donde se curva hacia Eleusis, entre jardines y tumbas. En verano alcanzaba a ver el cipo de mi tío Alexias y su amigo, junto a una gran adelfa. Luego me volvía hacia el sur, donde la Ciudad Alta se levanta como gran altar de piedra contra el cielo, y buscaba, entre los alados tejados de los templos, el punto de oro donde la alta Atenea de la Vanguardia señala con su lanza hacia los barcos en el mar.

Pero me gustaba más mirar al norte, a la cima cubierta de nieve del Monte Parnaso, quemado en verano, o gris y verde en primavera, vigilando la aparición de los espartanos. Hasta que cumplí seis años, llegaban casi cada año, cruzando el paso de Dekeleia. Generalmente, algún jinete traía la noticia de su llegada; pero algunas veces nos enterábamos en la Ciudad cuando en las colinas se levantaban las columnas de humo de las granjas incendiadas.

Nuestra casa solariega está en las colinas, más allá de Acamas.

Nuestra familia ha estado allí desde la llegada de los saltamontes, como reza el dicho popular. La falda de la colina sobre el valle está terraplenada para viñas, pero la mejor cosecha la dan los olivos, y la avena sembrada en los olivares. Creo que algunos de los olivos son tan viejos como la propia tierra. Sus troncos tienen el grosor de tres cuerpos humanos y son nudosos y retorcidos. Se dice que los plantó la propia Atenea, cuando dio el olivo a la tierra. Dos o tres de ellos están en pie aún. Hacíamos sacrificios allí en el tiempo de la cosecha; es decir, cuando había cosecha.

Acostumbraban mandarme a la granja al principio de la primavera, para que respirara el aire del campo, e iban en mi busca cuando se acercaba la llegada de los espartanos. Pero una vez, cuando yo tenía cuatro o cinco años, llegaron antes, y debimos apresurarnos en huir de allí. Recuerdo que estaba sentado en la carreta, con las esclavas y los utensilios de la casa; mi padre cabalgaba junto a nosotros y los esclavos azuzaban a los bueyes. Traqueteaba la carreta, y todos tosíamos a causa del humo de los campos incendiados. Todo fue quemado aquel año; todo, excepto las paredes de la casa y el olivar sagrado, que piadosamente no tocaron.

Puesto que era demasiado joven para comprender las cosas serias, solía esperar el momento de su retirada, para ver lo que habían hecho. Cierta año un escuadrón de espartanos fue acuartelado en la granja. Aquellos de entre

ellos que sabían escribir habían inscrito los nombres de sus amigos en las paredes, junto con diversos tributos a su belleza y virtud. Recuerdo a mi padre borrando irritadamente las inscripciones hechas con carbón, mientras decía:

—Blanquead esos burdos garabatos. El muchacho nunca aprenderá a deletrear debidamente o a escribir con propiedad, teniendo esto ante sí.

Uno de los espartanos había olvidado su peine. Constituía un tesoro para mí, pero mi padre dijo que estaba sucio y lo tiró.

Por mí parte, creo que no supe lo que era la desgracia hasta que cumplí los seis años. Mi abuela, que se hacía cargo de mí cuando mi padre estaba en la guerra, murió entonces. La salud de mi abuelo Fiboles (anciano alto, de hermosa barba, siempre bien cuidada y de una blancura que rayaba en lo azul, en cuya imagen incluso hoy veo al dios Poseidón) no era muy buena, y mi presencia le molestaba, por lo que mi padre contrató un ama, una mujer libre de Rodas.

Era esbelta y atezada, y parecía que por sus venas corría algo de sangre egipcia. Más tarde supe, sin saber lo que significaba, que era la concubina de mi padre. Nunca dejaba mi padre de portarse debidamente en mi presencia, pero algunas veces oía lo que decían los esclavos, que tenían sus propias razones para odiarla.

Si hubiera sido algo mayor, habría podido consolarme, cuando la mano de la mujer caía pesadamente sobre mí, diciéndome que mi padre pronto se cansaría de ella. No poseía ninguna de las gracias que él hubiese podido encontrar en una hetaira de clase muy modesta, y en aquellos tiempos podía permitirse lo mejor en todo. Pero aquella mujer me parecía tan parte integrante de la casa como el pórtico o el pozo. Creo que ella había empezado a suponer que cuando yo fuera lo bastante mayor para ir a la escuela con un pedagogo, mi padre aprovecharía la oportunidad

para deshacerse de ella; por tanto, mis progresos la irritaban.

Yo buscaba compañía, y un esclavo me dio un gatito, al cual la mujer le retorció el cuello en mi presencia, cuando lo vio. La mordí en un brazo, mientras intentaba quitárselo de las manos, y entonces ella me contó, a su manera, la historia de mi nacimiento, de la que se había enterado por los esclavos. Por ello, cuando me pegaba, nunca pensaba en decírselo a mi padre, ni en pedirle ayuda. Y supongo que él, por su parte, al verme cada día más taimado y hosco, y de acentuada palidez, debió preguntarse algunas veces si el primer pensamiento no es siempre el mejor.

Cuando llegaba, al anochecer, se vestía para la cena. Entonces yo le miraba, preguntándome qué sentiría al ser tan hermoso. Tenía más de seis pies de altura, ojos grises, piel atezada y cabello dorado.

Era como uno de los grandes Apolos que salían del taller de Fidias, en los tiempos en que los estatuarios no esculpían aún Apolos suaves y blandos. En cuanto a mí, yo era de los que tardan en crecer, y bajo para mi edad. Veíase ya claramente que sería como los hombres de la familia de mi madre, de cabello oscuro y ojos azules, con tendencia a ser corredores y saltadores, en lugar de luchadores y pancraciastas. La rodiota me había dicho claramente que yo era el redrojo de una buena jauría. Y nadie me había afirmado lo contrario.

Me complacía, sin embargo, verle con su mejor manto azul con la orla dorada, desnudos el atezado pecho y el hombro izquierdo, bañado y peinado y frotado con aceite dulce, arreglado el cabello en guirnalda y recortada la puntiaguda barba. Aquello significaba una cena seguida de fiesta. Al acostarme solo y sin lavarme, mientras la rodiota estaba ocupada en la cocina, yacía en mi lecho escuchando las flautas y las risas, la elevación y caída de las voces al conversar, o a alguien que cantaba, acompañándose con una lira. Algunas veces, cuando se había contratado una

bailarina o un juglar, acostumbraba trepar al tejado y mirar desde allí al otro lado del patio.

En cierta ocasión dio una fiesta a la que asistió el dios Hermes.

Así lo creí al principio, no sólo porque el hombre parecía demasiado alto y hermoso para no ser un dios, y tenía aspecto de estar acostumbrado a la adoración, sino también debido a que era tan igual a la herma que había ante la casa nueva de un rico, que parecía haber servido de modelo para ella, como así había sido en realidad. Sólo salí de mi admiración cuando él apareció e hizo aguas en el patio, lo cual me dio casi el convencimiento de que era hombre. Entonces, alguien desde dentro gritó:

—¿Dónde estás, Alcibíades?

Y él regresó al cenáculo.

Mi padre tenía entonces preocupaciones propias, por lo que rara vez se acordaba de mí, pero en algunas ocasiones recordaba que tenía un hijo, y cumplía con sus deberes paternos. Por ejemplo, el día que nuestro mayordomo me sorprendió robando maíz para arrojárselo a las palomas, y me lo quitó, pues el grano escaseaba aquel año.

Haciendo gala de los modales que había aprendido de mi ama, golpeé el suelo con el pie y le dije que no tenía el menor derecho de prohibirme nada, puesto que sólo era un esclavo. Entonces, mi padre, que me había oído, entró en la habitación, despidió al hombre con una palabra amable y me llamó a su lado.

—Alexias —dijo—, mi escudo está allí, en aquel rincón. Cógelo y tráemelo.

Fui hasta donde el escudo estaba apoyado contra la pared, y, cogiéndolo por el borde, empecé a rodarlo, puesto que era demasiado pesado para que pudiera levantarlo.

—Así no —observó mi padre—. Pasa el brazo por las bandas, y llévalo como lo hago yo.

Pasé el brazo por una de las bandas y logré enderezarlo, pero no levantarlo. Era casi tan alto como yo.